

FRANCISCO ECHAUZ Y SU OBRA

EN 1944 me hablaron por primera vez de Francisco Echauz. Entonces era un simple alumno de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando. Fue un compañero suyo de promoción quien me dijo: «Echauz tiene una sólida preparación y sobresale en la Escuela. ¡Si vieras cómo dibuja!». Intenté seguir sus pasos artísticos y conforme pasaba el tiempo su firma se cotizaba más. Ahora milita en esa promoción nueva de valores que ha dado continuidad a un arte joven, ibérico, con proyección al exterior.

Conocí al pintor en Madrid. Beulas hizo de intermediario y surgió una sincera amistad. Aquel día, el primero que hablamos, me contó sus proyectos; me habló de lo que hacía. Echauz es un conversador hábil e inteligente. Más que artista, parece un «gentleman». Viste elegantemente, con pulcritud. La chalina ya no es sinónimo de pintor y, afortunadamente, desapareció aquella bohemia vacía que a nada conducía.

La obra que exhibió en la última Exposición Nacional de Bellas Artes, inaugurada en Barcelona el pasado mes de junio, me causó honda impresión. Su realidad está sacada de dentro para que brote con más fuerza. Francisco Echauz es de esos hombres que precisan de la expansión creadora. Se siente enjaulado en su propio espacio espiritual.

Creo que lo que atormenta su sensibilidad de creador es el temor propio del hombre consciente que mira a su tiempo con cautela. No se precipita demasiado para no caer en snobismos pasajeros, y haciendo uso del tópico podemos señalar que su pintura es tan antigua como moderna. Para ello ha precisado de una vocación y formación rigurosa, indispensable en toda disciplina. Milagro plástico nacido también de un rigor intelectual y artístico, extraordinario.

Nace en Madrid el año 1927. En 1944 ingresa en la Escuela Central de Bellas Artes, cuyos estudios termina en 1950, año que pasa a la Escuela Nacional de Artes Gráficas. En 1951, la Escuela Superior de Bellas Artes le concede la medalla de honor y en este mismo año se le otorga el premio nacional de Pintura, concediéndole al siguiente la segunda medalla en la Exposición Nacional de BB. AA. de Madrid.

Francisco Echauz sigue concurriendo a certámenes artísticos y acaparando galardones. He aquí algunos: 1953, premio nacional de Grabado; 1954, primera medalla de la Exposición Nacional de BB. AA., celebrada en la capital de España. Este mismo año, el Círculo de Bellas Artes de Madrid lo nombra socio de honor; y profesor de Dibujo y Grabado en la Escuela Central de Bellas Artes; 1955, premio Roma (la Academia Española de Bellas Artes en Roma fue fundada en 1881 bajo los auspicios de la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, y por ella han pasado los artistas de más prestigio que ha tenido España); 1956, primer premio internacional San Vito Romano; 1957, medalla de oro de la Asociación de Artistas Grabadores Españoles, participa en el grupo de artistas españoles ganadores del premio «Via Margutta», del Ayuntamiento de Roma; 1958, medalla de oro de la IX Exposición de Artes Figurativas de Avezzano. Expone en la XXVIII Bienal de Venecia. Viaja por Austria, Alemania, Suiza, Sicilia, Holanda, Bélgica y Francia. Expone en Madrid, Santander, Valencia, Barcelona, Roma, Nápoles, Viareggio y Palermo, y participa en 1959 en la exposición «Veinte años de Arte Contemporáneo Español» en Lisboa. Grecia le atrae y este mismo año se traslada a este país. En enero de 1960 gana por oposición en la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid la cátedra de Dibujo del Natural correspondiente al segundo curso. Se le concede el premio «Fundación Rodríguez Acosta» por el tema «Decoración mural». En abril de 1960 exhibe pintura en la sala «Libros» de Zaragoza. Hay obra suya en numerosos países europeos y americanos. El Museo de Arte Contemporáneo de Madrid le adquiere un cuadro para su colección.

Esta ha sido, en síntesis, la vida artística de Francisco Echauz.

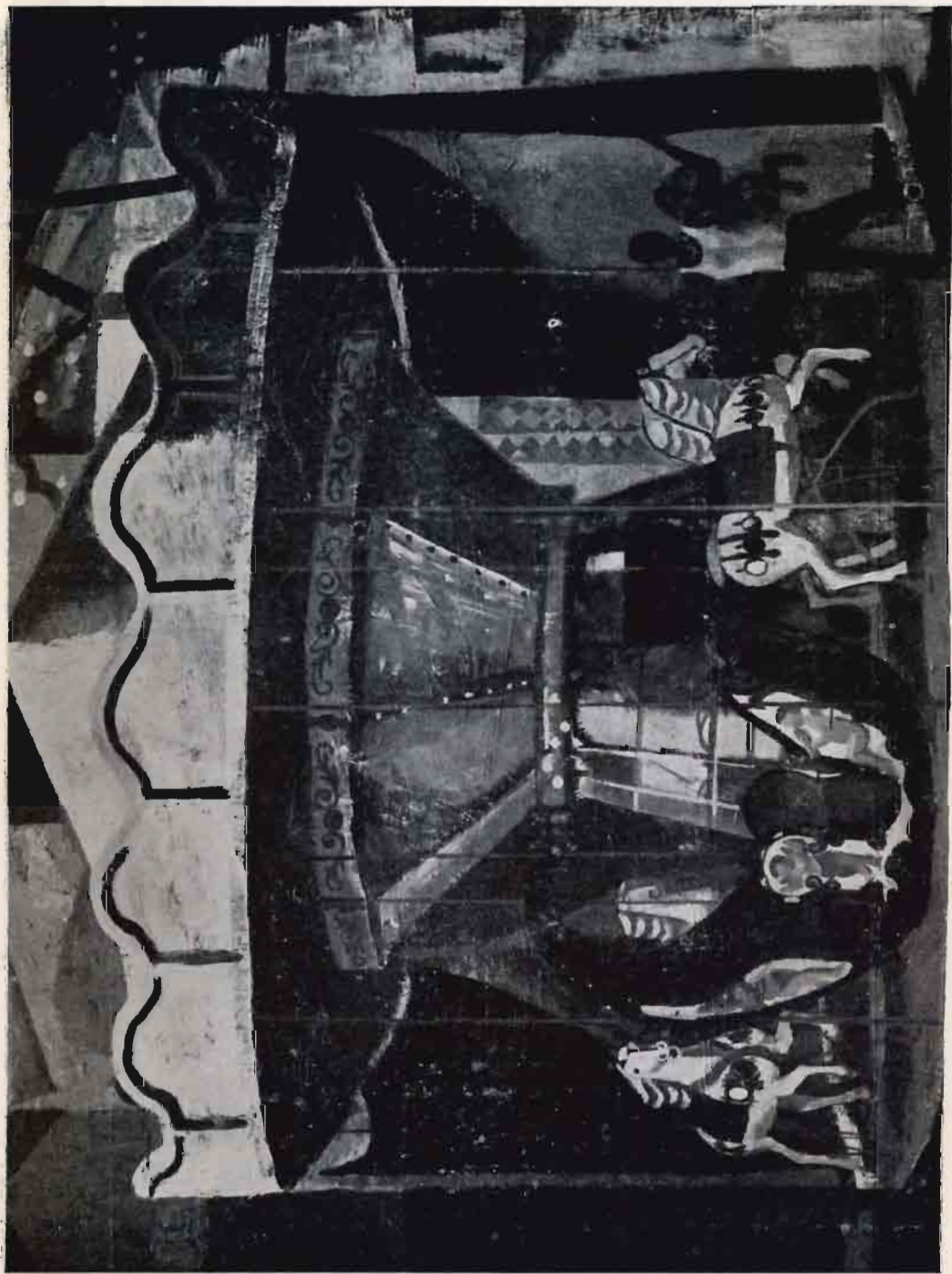
Dada su extraordinaria personalidad, he querido que se asomara a las páginas de ARGENSOLA. Me honro, pues, en reflejar un diálogo que sostuve con él sobre temas de arte.

Francisco Echauz prepara la obra que va a exponer próximamente en la galería «Prisma» de Madrid.

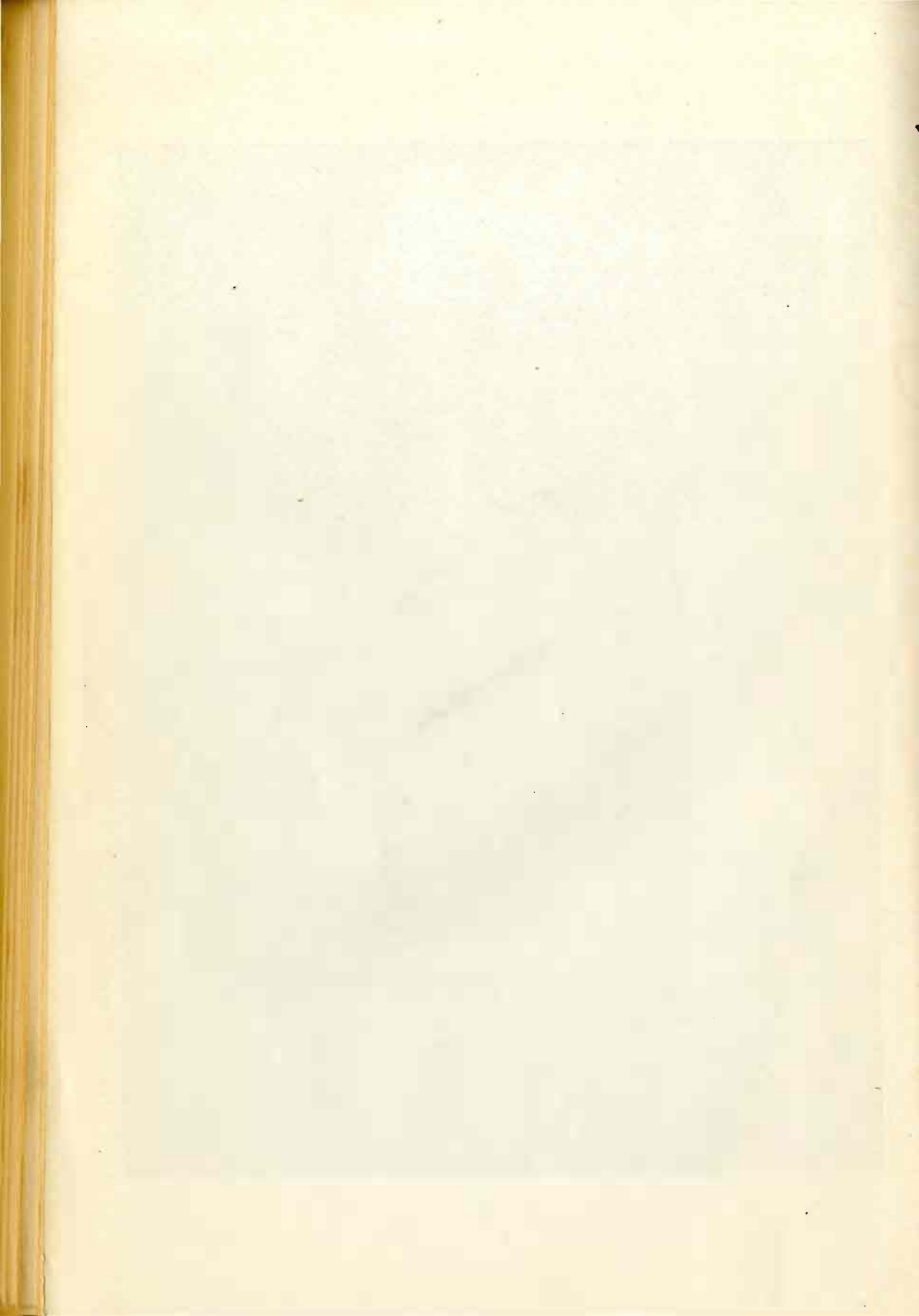
—¿Crees—le digo—en aquello de «vivir peligrosamente», que señalaba Nietzsche, para que la sensibilidad se excite y salga algo importante?

—Personalmente no considero que una vida tranquila atrofie al creador. Me parece, con todos los respetos a Nietzch, que ese concepto suyo excluiría muchos genios importantes de la historia. Puedo recordarte a Juan Sebastián Bach, a Velázquez. Ni el uno ni el otro vivieron en medio del peligro.

—Pero han existido.



«Tiovivo romano», obra de Echaüz



—No niego que para algunos los contrastes e inestabilidades de la vida representan un estímulo, pero debe reconocerse que para otros, no menos grandes, ello venga a constituir un lastre. Depende mucho de las condiciones humanas de cada uno.

—Acláramelo.

—Bach, fuera de su patriarcal paz familiar no hubiera podido ser Bach, y esto me parece tan cierto como que Van Gogh no hubiera podido ser Van Gogh sin ese mundo a su alrededor que a él le pareció tan hostil y que sólo fue indiferente. El problema se aclara inmediatamente si hacemos el esfuerzo de imaginarnos, por su vida y por su obra, a estos hombres, como seres reales ante nosotros y sin la aureola de la fama y los siglos o años que nos separan de ellos.

—¿Contra qué te rebelas tú?

—En arte me rebelo contra los conceptos unilaterales. Condeno por igual al que desprecia un Pradilla que al que desprecia un Modigliani o un Picasso. Toda gran obra de arte tiene un mensaje que aquel que posea sensibilidad puede percibir, lo mismo para un Pantocrator románico que el Apoxionemos de Lisipo.

—¿Ha evolucionado el sistema pedagógico en las Escuelas de Bellas Artes? ¿Cómo orientan intelectual y artísticamente al alumno?

—Desde luego, ha evolucionado mucho. Antiguamente la enseñanza en Arte se circunscribía a aprender lo que sabía el maestro y nada más. El límite estaba en alcanzarle. De entonces a hoy la cosa ha cambiado mucho, siguiendo un proceso de evolución, como es natural.

—¿A qué atiende el maestro?

—Concretamente, al delicado problema de la personalidad. Hoy no se persigue conseguir del discípulo que llegue a hacerlo como el maestro, sino de ponerlo en condiciones de que él, a su vez, también pueda ser maestro y no secuaz. Actualmente tenemos buena conciencia de que la tarea del maestro para con el discípulo, tiene un límite. Después empieza la vida nueva de un posible artista. El lograr eliminar con los años la palabra posible, es un problema personal tan intransferible como la misma vida o la muerte.

—¿Tu visión sobre este mundo nuevo de valores plásticos?

—Creo en el arte de mi tiempo, y al pensar así, también en sus conquistas. Desde luego, el arte de hoy refleja fielmente nuestra época. Para un pintor, hoy, el problema es mucho más vasto y, por lo tanto, más difícil.

—¿No le da más emoción?

—Claro. A mi modo de ver, precisamente ese mundo nuevo de valores plásticos es el que nos da una razón y un por qué. Sin él existiría un inmenso vacío en ese campo de la sensibilidad humana,

—Dicen que la tierra determina al hombre, lo configura. A ti te han encasillado en la escuela madrileña. ¿No debe buscarse la universalidad?

—Me parece que la mejor ambición que un artista pueda tener para su arte es la de la universalidad. Especialmente en esta época en que la comunicación entre los continentes es cada vez más directa y normal. Es una exigencia, pero entiéndase que con ello no preconizo un arte repetido por todas partes con monótona uniformidad. Ello sería falso y en arte vale solamente lo auténtico. La obra de un pintor español no podrá ser nunca como la de un pintor noruego o viceversa. Las separan temperamentos distintos, climas diferentes, tierras opuestas.

—¿Por qué eres pintor?

—La razón de que sea pintor creo que debe de ser porque está muy dentro de mí. Desde muy pequeño sentí esta inclinación unida a la música. En mi primera infancia, uno de mis primeros juguetes y aficiones preferidas fueron los dos pequeños violines que tuve.

—Pero dejaron paso a la pintura.

—Sí. Acabé por unir y mezclar a mis estudios. Nadie me negó ni me discutió en casa esta inclinación, a pesar de no existir en la familia ningún antecedente. En mi caso no ha habido cambio de ruta ni otras actividades. Todos los estudios que he realizado han estado siempre relacionados con mi profesión. Un año después de fallecer mi padre, a quien daba especial satisfacción el hecho de que fuera pintor, ingresé, con diecisiete años, en la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid, de la que soy, como sabes, catedrático.

—¿Has renegado de ti mismo?

—Alguna vez, debido a los sinsabores e incomprendiones que acarrea ser pintor, artista. De hecho, los peores momentos de mi vida los he debido siempre a la desproporción entre lo que quería hacer y lo que conseguía. Casi me ha quedado como un mal crónico el que cada cosa que haga sea para mí fuente de insatisfacciones y de disgustos que no siempre van compensados al final por la satisfacción de haber conseguido algo.

—¿Has considerado equivocado el camino?

—Aunque pienso que lo peor ha debido de pasar, al menos he conseguido razonarme un poco las cosas para llegar a la conclusión más resignada y menos desalentada de que seré un pintor, mejor o peor. Otra cosa mejor no hubiera podido ser. Las infelicidades que la pintura me ha proporcionado y me proporciona, las sufren por igual otros artistas. Por otra parte me doy perfecta cuenta de que siempre he referido cualquier problema de la vida de un modo instintivo a un orden estético. La inteligencia, la moral, la justicia, etc.

Esto explica su condición de pintor, sincero y consciente de una temática que halla una constante rigurosa y emotiva a la vez por su fuerte contenido humano, espiritual.

Francisco Echauz ha vivido intensamente la cultura europea. Queremos saber si ha influido en él.

—¿Qué ha sido para ti Italia, Europa concretamente?

—Espiritualmente, me ha conquistado. El hecho de que después de un desastre tan espantoso como el de la última guerra maldita, Europa haya sido capaz de recuperarse en tan pocos años con el grado de lucidez y prosperidad que hoy tiene, ha sido motivo de esperanza. El movimiento del arte contemporáneo es esencialmente europeo y hecho por artistas de las más diversas nacionalidades. Los pocos que no eran europeos pudieron cuajar y cristalizar en Europa en contacto con el pasado más sustancioso del mundo. Europa, hoy, en general, está entregada con plena conciencia al día en que vive. Al darme cuenta de todo esto no es de sorprender que te diga que ha calado hondo en mí.

—¿Existe hoy la misma unidad cultural que en los siglos XI y XII que nos legaron un románico maravilloso?

—Creo que sí. Si no es la misma hay mucha similitud. Organizaciones culturales, políticas y económicas tienden a la unión de Europa. La historia demuestra que cuando todos los aspectos materiales y funcionales de una época logran cristalizar en algo armónico y positivo, ello produce a continuación un fruto espiritual de donde se nutren los grandes apogeos de la cultura.

—El Museo Balaguer conserva un cuadrado pintado por Picasso a los catorce años. Es un estudio muy académico. ¿Cómo era tu primera obra?

—No sé cuál puedo precisar como primera obra. Ya te he dicho que empecé de niño. Recuerdo y conservo algunas de las cosas que considero balbucesos y que para mí, entonces, fueron importantes. Obras de las que hace años me avergonzaba y que hoy miro con mayor indulgencia, no porque me parezcan mejores, sino porque considero la edad que tenía y me parece, por tanto, ridículo avergonzarme de ellas.

—Háblame de esa angustia existencial que tanto preocupa a la juventud.

—He padecido esa angustia existencial, que creo haber superado, pero ten presente que yo no la asocio a un caso colectivo de nuestro tiempo. Es una experiencia de la propia existencia. Más bien la considero como el tránsito de la juventud a la madurez. Posiblemente y de una forma general, la pasamos todos los hombres. Hay quien la siente más y quien la siente menos.

—Puntualiza.

—Dependerá, probablemente, de la configuración espiritual y psicológica de cada uno. De otra parte no creo que nada de todo esto sea exclusivo de nuestro tiempo. Dejando a un lado el estado en que hace unos años se encontró la juventud europea, continuar insistiendo en ello me parece una coquetería pueril y falsa. Se puede ser muy pobre, muy incomprendido y padecer toda clase de injusticias y la mayor parte de las veces la culpa no es sólo ajena. Cuando se tiene juventud se posee algo que de por sí, es ya muy importante.

Esto es lo que me dijo Francisco Echauz, artista que está en la primera línea del arte europeo. Si pensamos en una frase de Picasso que dice: «Yo no busco, encuentro», quizá lleguemos a una conclusión que nos dará la clave que perfila debidamente la personalidad de este pintor: la obra gigante de Francisco Echauz ha sido encontrada, no buscada. De ahí su permanencia.

FÉLIX FERRER GIMENO